

Skulduggery Pleasant,

detective esqueleto

LA ÚLTIMA BATALLA
DE LOS HOMBRES CADÁVER



DEREK LANDY

Primera edición: septiembre de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Paloma Muiña
Coordinación gráfica: Lara Peces

Ilustración de cubierta y letras capitulares: Tom Percival
Diseño de cubierta: HarperCollins Publishers, 2013
Adaptación de cubierta: Marta Mesa

Título original: *Last Stand of Dead Men*
Traducción y glosario: Ana H. Deza

Publicado originariamente en Gran Bretaña por HarperCollins *Children's Books* 2013
HarperCollins *Children's Books* es una división de HarperCollins *Publishers Ltd*
77-85 Fulham Palace Road, Hammersmith, Londres W6 8JB

© Derek Landy, 2013

© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

© Letras capitulares: Tom Percival, 2012
Skulduggery Pleasant™ Derek Landy
Logo SP™ HarperCollins *Publishers Ltd*

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.


Este libro está dedicado a vosotros.

Ya seas un seguidor, un fanático o simplemente... en fin, una persona normal, gracias a ti puedo dedicarme a algo que adoro y llamarlo «trabajo» mientras me parto de risa.

A algunos de vosotros os conozco por el nombre, a otros de vista (y a unos cuantos por el olor; mejor no entrar en detalles), pero hay muchísimos a los que todavía no conozco, y quiero daros las gracias por vuestro apoyo, vuestra pasión y vuestra locura.

Y ahora, por favor, por el amor del dios al que quiera que recéis, ¡dejadme en paz!

CINCO AÑOS ATRÁS

 **T**ODO estaba oscuro y silencioso en el campamento, y los brujos dormían. En lo alto de la colina, un hombre con los ojos dorados los observaba. Se subió el cuello de la chaqueta en un inútil intento de protegerse del frío. Tenía los dedos de las manos y de los pies entumecidos. Empezaban a castañetearle los dientes. ¿Cuántas veces se había encontrado en circunstancias similares, soportando molestias, mientras esperaba el momento oportuno para atacar? Más de las que era capaz de recordar, eso seguro. Había valido la pena, por supuesto. Siempre valía la pena.

Notó un movimiento a su espalda, pero no se giró: reconoció los pasos.

–No creía que fueras a venir.

El anciano se puso a su lado, y se echó el aliento entre las manos para entrar en calor.

–Tuve visitantes –gruñó. Su voz sonaba áspera y ronca–. El detective esqueleto y una niña. Su sangre es vieja. Tiene sangre de los Antiguos, supongo. Es peligrosa.

–Tiene trece años. Es una criatura.

–No lo será siempre. Unos cuantos años más y se convertirá en una amenaza: no olvides mis palabras.

–Anotadas están –asintió el hombre de los ojos dorados. ¿Qué había dicho Madame Mist de Torment? «En tiempos, fue un hombre formidable y peligroso, pero ahora es un anciano, como una buena espada que ha perdido el filo». Tal vez tuviera razón.

–Esos planes tuyos –dijo Torment–, los planes que has hecho con mis compañeros, los Vástagos de la Araña, son buenos. Serán suficiente.

–¿Entonces puedo contar contigo? ¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

El rostro arrugado de Torment estaba oculto entre el pelo gris y la barba, pero ya no parecía una espada roma. De pronto, le resultó cortante y afilado.

–Mis visitantes. Su arrogancia me ha sacado de la apatía. Los mortales a los que están protegiendo ya han gobernado este mundo durante demasiado tiempo. Es hora de que tomemos el poder.

–Me alegro mucho de escuchar eso –dijo el hombre de los ojos dorados–. En ese caso, ahí tenemos unos cuantos brujos que hay que matar. ¿Estás de humor?

El hombre de los ojos dorados y Torment se acercaron al campamento desde el sur mientras los mercenarios se cernían alrededor. Mortales, en ropa militar negra, fuertemente armados. No hicieron un solo ruido, pero uno de los brujos se agitó en sueños, se despertó, se sentó y miró el cielo nocturno, que se iluminó de pronto con los destellos de los disparos.

Los tres brujos se vieron atrapados en el fuego cruzado. Eran difíciles de matar, pero ni siquiera ellos podían sobrevivir a ese ataque incesante de balazos. La luz se derramaba de cada herida mientras se sacudían, tropezaban y se tambaleaban; después, la luz se desvaneció y se derrumbaron.

Hubo un silencio, roto tan solo por el cambio de los cargadores.

Torment guardó el arma. No le gustaban las armas de los mortales ni tener que trabajar con ellos, pero sí le iba a gustar lo que vendría a continuación.

Los mercenarios entraron en el campamento y se aseguraron de que los brujos estuvieran realmente muertos.

–Vosotros tres –ordenó el hombre de los ojos dorados–, subid al todoterreno y marchaos. Me pondré en contacto con vosotros para concretar el pago.

Tres mercenarios desaparecieron en la oscuridad. Los otros dos se quedaron cerca, a la espera de órdenes.

Torment agarró la cabeza del más alto y se la retorció hasta romperle el cuello. El más bajo dio un paso atrás buscando el arma, pero Torment se la arrebató y la empleó para acabar con él.

Mientras mataba al mercenario, el hombre de los ojos dorados contemplaba la escena. Cuando los demás brujos regresaran, encontrarían a sus hermanos muertos y los cuerpos de los dos soldados culpables. Soldados mortales, sin uniforme, insignias ni identificación alguna.

–¿Por qué has dejado vivir a los otros? –preguntó Torment en cuanto terminó–. Podrían identificarnos.

Eso era cierto, en parte. Los otros mercenarios podrían identificar a Torment, pero el hombre de los ojos dorados ya estaba desapareciendo de sus recuerdos.

–Para que esto funcione, tienen que poder presumir de su misión. Los tres que he dejado marchar eran los mayores bocazas. Sus fanfarronadas llegarán, con el tiempo, a los oídos adecuados.

Torment frunció el ceño.

–Hay formas más rápidas de hacer esto.

–No –le contradijo el hombre de los ojos dorados–. Aún no estamos preparados. Pero lo estaremos. Pronto.

TRES MESES ATRÁS



I GUAL se equivocaba... Pero no, el Ingeniero nunca se equivocaba: iba a lograrlo. Desde el instante en que el pitido de alarma sonó en su cabeza, tuvo claro que disponía exactamente de cuatro semanas para llevar a cabo el procedimiento de apagado antes de que la catástrofe fuera más o menos inevitable. Empleaba el giro «más o menos» porque nada era inevitable, no realmente. Siempre había alguna cláusula oculta en cualquier situación. Eso lo había aprendido en sus viajes, en lo que se suele llamar «experiencias vitales». Aunque el Ingeniero no estuviera, técnicamente, vivo, no importaba: existía, poseía la capacidad de sentir y, como tal, tenía experiencias vitales. Volviendo al tema... Si hubiera estado donde se suponía que debía estar cuando sonó el pitido, las cuatro semanas de cuenta atrás hubieran importado un comino. Por desgracia, el Ingeniero no se encontraba donde tenía que estar. Sin duda, un lamentable desarrollo de los acontecimientos. El Ingeniero se sentía un poco culpable. No es que fuera responsabilidad suya, nadie podía cargar esa responsabilidad sobre sus mecánicos hombros. ¿Acaso no había montado guardia durante casi tres décadas? ¿No había cumplido con su deber prácticamente todo el tiempo? ¿Realmente era culpa del Ingeniero que su compleja programación, una mezcla maravillosa de magia y tecnología, le

hubiera permitido experimentar el fenómeno humano llamado «aburrimiento»? ¿Era culpa del Ingeniero que hubiera decidido salir a dar un paseo justo cuando sonó el pitido, cuando realmente era necesaria su presencia, y que no se encontrara preparado para echar una mano en el momento crítico, sino en una playa italiana buscando conchas curiosas?

No, el Ingeniero no creía que fuera culpa suya.


Y se lo estaba pasando bien, la verdad. Los símbolos mágicos que tenía grabados en su cuerpo metálico hacían que su presencia se borrara de la mente de los mortales en el instante en que lo veían, lo que permitía al Ingeniero pasear a plena luz del día por las calles de la ciudad repletas de gente. El Ingeniero sonrió (por dentro, por supuesto, ya que no tenía boca). Se sentía bien. Se sentía optimista. A la velocidad a la que iba, llegaría a Irlanda con tiempo de sobra para apagar todo antes de que las sobrecargas y los bucles condujeran sin remedio a una serie de acontecimientos que, a su vez, llevarían a la probable destrucción del mundo. El Ingeniero no estaba preocupado.

Entonces le atropelló el camión.

La guerra es el trabajo de los bárbaros.

Napoleón Bonaparte

LAS BRUJAS

 **T**UMBADO en la hierba, Gracius contempló el cielo despejado y plagado de estrellas brillantes... hasta que se quedó dormido. Donegan le dio un puntapié, él murmuró algo entre dientes y se espabiló.

–Se supone que deberías estar vigilando –dijo Donegan.

–Estaba vigilando –bostezó Gracius.

–Estabas dormido.

–Estaba descansando los ojos.

–Roncabas.

–Ejercitaba mis pulmones.

–Levántate.

Gruñendo, se incorporó y se estiró. No tenía mucho que estirar: Gracius O'Callahan no era muy alto. Pero lo que le faltaba en altura, lo compensaba con el músculo y el peinado chulo.

–Hola, Valquiria –saludó.

–Hola, Gracius.

–¿Es la primera vez que conoces a una bruja?

Ella asintió.

–Todo irá bien, no te preocupes. Las brujas tienen más miedo de ti que tú de ellas.

–Ya. Es lo que se suele decir de las abejas.

Él pestañeó.

–Puede que tengas razón. Sí, sí que la tienes. Las abejas son buenas; las brujas son horribles. Siempre las confundo.

Llevaba unos vaqueros holgados y una camiseta desteñida de *La guerra de las galaxias*. Valquiria estaba convencida de que tendría una habitación friki en su casa donde guardaría toda tipo de ropa rara de películas antiguas, y se lo imaginó de pie, en medio de esa misma habitación, durante horas, dando vueltas lentamente, con una sonrisa inquietante. Como contraste, Donegan Bane era un británico alto y delgado, que prefería vestir con chaquetas de traje, corbatas finas y pantalones pitillo.

Bane fulminó a Gracius con la mirada.

–No puedo creer que te quedaras dormido.

–No me he quedado dormido.

–¿Entonces sabes si está en casa o no?

–No tengo ni idea –admitió Gracius–. Me quedé dormido.

Valquiria los había conocido solo hacía unos meses, pero sabía que si les daba la oportunidad, estarían discutiendo en aquella colina durante horas. Así que se dio media vuelta y bajó hacia la casa. Unos instantes después, la siguieron.

Llegaron a la puerta. Donegan golpeó tres veces. Esperaron hasta que les abrió una chica con el ceño fruncido.

–Hola –saludó Donegan con una amplísima sonrisa. La chica no le correspondió.

–¿Sabes qué hora es? –preguntó ella. A Valquiria le dio la impresión de que tenía más o menos su edad, tal vez diecisiete o dieciocho años. Era muy blanca de piel, tenía los labios carnosos y una melena pelirroja exuberante que enmarcaba su rostro.

–Pues no –respondió Donegan como si fuera un chiste–. ¿Qué hora es?

–¿Qué queréis? –gruñó ella con mala cara.

–Me llamo Donegan Bane y este es mi colega Gracius O’Callahan: somos cazadores de monstruos. Nos acompaña Valquiria Caín, y nos preguntábamos si tu abuela estaría en casa.

–¿Sois cazadores de monstruos?

–¡Claro! Seguramente habrás oído hablar de nosotros; somos los autores de *Caza de monstruos para principiantes*, *El estudio definitivo de los hombres lobo* y *Las pasiones de Greta Grey*, nuestra primera novela romántica.

–¿Y buscáis a mi abuela?

–Si tu abuela es Dubhóg Ni Broin, sí.

–¿Vais a matarla?

–¿Perdón? ¡Oh, no! No, nada de eso. Solamente queremos hablar con ella.

–¿Seguro que no vais a matarla?

–Seguro –respondió Donegan con una carcajada–. Te aseguro que está totalmente a salvo.

La chica entrecerró los ojos.

–¿Y por qué debería fiarme de vosotros?

–Hemos venido desarmados –respondió Donegan alegremente, y Gracius se volvió hacia él.

–¿Tú estás desarmado? –preguntó, sorprendido.

–Pues sí –respondió Donegan–. ¿Tú no?

–Bueno, sí, supongo. Aparte de la pistola, claro.

Donegan le taladró con la mirada.

–¿Qué? ¿Por qué has traído una pistola? ¡Te dije que vinieras desarmado!

–Pensé que era una broma.

–¿Y por qué iba a gastarte una broma?

–Ni idea. Pensé que eso era lo gracioso.

Donegan parecía a punto de estrangular a su compañero, pero forzó una sonrisa y se giró de nuevo hacia la chica.

–Disculpe, señorita... ¿Se llamaba?

–Misery –respondió ella con suspicacia.

–Misery, es un placer conocerla. Mi amigo, aquí presente, tiene algunos problemillas. Es un hombre brillante, de verdad... a su manera, pero no puede evitar ir armado a lugares totalmente

inadecuados. Permítame que le asegure que su abuela no va a sufrir ningún daño. Solo queremos hablar con ella.

–¿Por qué?

Valquiria se adelantó antes de que ninguno de los cazadores de monstruos empeorara la situación.

–Estamos buscando a un amigo nuestro. A lo mejor lo has visto: alto, delgado, ¿te suena? Viste con trajes elegantes. Y, por cierto, es un esqueleto. Se llama Skulduggery Pleasant y anda perdido por ahí. Creemos que tu abuela puede saber dónde está.

–¿Y por qué iba a saberlo ella?

–Porque vino a verla y eso es lo último que supimos de él.

–No mantenemos demasiada relación con los hechiceros –respondió Misery–. No les caemos bien, y ellos no nos caen bien a nosotras. De todas formas, no recuerdo haber visto a tu amigo. ¿Qué has dicho que era? ¿Un zombi? ¿Una momia?

–Un esqueleto.

–Eso, un esqueleto. No, llevo siglos sin ver uno.

–Me parece que estás mintiendo –dijo Valquiria.

Misery sonrió con frialdad.

–¿Y qué si lo hago? ¿Qué piensas hacer al respecto?

–Lo que sea necesario.

–Ah, ahí está la arrogancia de la que siempre habla mi abuela. ¿Qué tipo de hechicera eres? Déjame adivinar. Vestida entera de negro... con ropa protectora, ¿no? ¿A que sí? Y ese horroroso anillo enorme que llevas en el dedo... Para hacer magia de la muerte, ¿verdad? ¿Nigromancia? Pero... tienes mi edad. Eres demasiado joven para haber pasado por la Iniciación. Apuesto a que sigues experimentando y probando disciplinas, como una niña buena. Así que yo diría que eres una elemental. ¿Me equivoco? Verás, las brujas no tenemos disciplinas. La auténtica magia no consiste en elegir una cosa frente a otra. La auténtica magia consiste en abrirse a todo.

–Ya –interrumpió Valquiria–. ¡Qué interesante. ¿Tu abuela está en casa? ¿Podemos hablar con ella?

–Está en casa –respondió Misery–. Pero ocupada.

–¿Haciendo qué?

–Cosas de brujas.

–¿Podemos entrar?

–No.

–Vamos a entrar, con tu permiso o sin él.

–Me gustaría veros intentarlo.

–No, realmente no te gustaría.

–Me parece a mí que hemos empezado con mal pie –intervino rápidamente Gracius–. Misery, me da la impresión de que eres una chica encantadora, se adivina en la bondad de tus ojos, como los de un cervatillo recién nacido o un... noble erizo. Llevamos días buscando a tu abuela y ayer nuestro querido amigo Skulduggery desapareció. Estamos muy preocupados, como podrás imaginar, y alguno de nosotros, y no quiero mirar a nadie, podría mostrarse un poco más gruñón de lo normal.

–Yo no estoy gruñona –dijo Valquiria.

–Entonces, ¿cómo sabías que me refería a ti?

–Porque me has señalado con un dedo.

–Volviendo al tema que nos ocupa, Misery, te agradeceríamos de verdad que nos dejaras pasar. ¿Por favor?

Misery le miró fijamente, pero no respondió.

–Esto... –titubeó Gracius–. ¿Hola?

–Silencio –le ordenó–. Estoy pensando –se mordió los labios carnosos y después suspiró–. La verdad es que no me llevo muy bien con mi abuela. Ella es muy tradicional y... yo la miro, y la veo tan marchita y todo eso... Vamos, que no quiero acabar como ella, ¿sabéis? No deseo vivir en una cabaña en mitad de la nada el resto de mi vida... Me gustaría vivir en la ciudad, llevar zapatos de tacón de aguja de vez en cuando y hacer cosas distintas... Cosas que no giren en torno al hecho de ser una bruja.

Gracius asintió.

–Entiendo y comparto todo lo que dices... salvo el detalle de los tacones de aguja, con los cuales no tengo ninguna experiencia.

–¿Me prometéis que no le vais a hacer daño? –preguntó Misery.

Valquiria frunció el ceño.

–¿Por qué íbamos a querer hacerle daño a tu abuela?

–Porque tiene a vuestro amigo encerrado en la bodega.

Valquiria dio un paso adelante.

–Más vale que esté bien.

Misery alzó las manos.

–Está bien, está perfectamente. Por lo que sé, simplemente están hablando. Si me prometéis que no le vais a hacer daño, os llevaré hasta allí. ¿Trato hecho?

–Pienso defenderme –aseguró Valquiria–. Si me ataca, me defenderé. Pero te prometo que no me ensañaré con ella... si puedo evitarlo.

–La verdad es que ese es el mejor trato que podemos ofrecerte –añadió Gracius en tono de disculpa.

–Vale –respondió Misery tras pensárselo un instante–. Pasad. Limpiaos los pies antes de entrar.

La cabaña era oscura, extraña y olía raro: a una mezcla de col hervida y perro mojado. Valquiria entendía que a Misery no le gustara vivir allí. No se veía ninguna televisión, ni siquiera una radio. Estaba iluminada con lámparas de aceite y había un brasero en la esquina. En invierno debía de hacer mucho frío ahí dentro.

Misery retiró una alfombra y levantó una pesada trampilla. Se llevó el índice a los labios y Valquiria asintió.

La bodega era más grande de lo que esperaba, pero igual de sombría. Valquiria y los cazadores de monstruos descendieron por los escalones de piedra, y después se arrastraron por un túnel en dirección hacia una luz parpadeante siguiendo el sonido de

las voces de Skulduggery y de una mujer. Cuanto más se acercaban, mejor distinguían las palabras.

–¿... y qué tiene que ver eso conmigo? –decía la mujer–. No soy más que una vieja bruja que no se mete con nadie y vive su vida junto a su ingrata nieta. ¿Qué quieres que sepa de los asuntos de los brujos?

Valquiria se asomó a la esquina. Dubhóg Ni Broin tenía un aspecto sorprendentemente parecido al de las brujas de los cuentos de hadas. Era vieja, menuda y encorvada, tenía el pelo gris enmarañado y la barbilla larga con una verruga: una verruga de verdad. Llevaba un chal negro encima de un vestido ancho y sin forma, pero lamentablemente no tenía ningún sombrero puntiagudo.

Aun así, a Valquiria no le hubiera gustado que fuera una caricatura perfecta. Le habría resultado estúpido.

Frente a Dubhóg, de espaldas a Valquiria, Skulduggery Pleasant se encontraba de pie dentro de un círculo de tiza. Valquiria sabía lo bastante sobre la magia de los símbolos para comprender que el círculo le estaba arrebatando los poderes, pero había otros dibujos que no reconoció. Al ver que no intentaba dar un paso fuera del círculo, supuso que servían para mantenerlo en su sitio.

–Las brujas y los brujos sois como dos gotas de agua –dijo él. Llevaba el mismo traje gris que vestía la última vez que lo había visto. El sombrero se encontraba encima de la mesa de la esquina y la luz de la lámpara brillaba sobre su calavera–. Compráis en las mismas tiendas, usáis las mismas recetas... Si alguien sabe lo que están tramando los brujos, esa es una bruja.

–Tal vez otras brujas –bufó Dubhóg. Parecía resentida–. Tal vez las Doncellas o esas Novias de las Lágrimas de Sangre que enseñan el ombligo y sus largas piernas... ¿Le parece a usted que estoy mostrando el ombligo, señor esqueleto? ¿Llevo un velo? ¿Tengo las piernas largas y bien torneadas?

–Esto... –respondió Skulduggery.

–Hay diferentes tipos de brujas y de brujos –continuó Dubhóg–, al igual que hay diferentes clases de hechiceros. Pero cada cual se ocupa de lo suyo. Lo que hagan los demás, no nos interesa.

–Pero a mí sí –intervino Skulduggery–. Y he oído rumores, Dubhóg. Rumores muy inquietantes. Pensaba que podrías ayudarme a disipar mis temores.

–¿Y por eso me atacaste?

–Solamente llamé a la puerta.

–Entonces atacaste mi puerta –Dubhóg le miró de soslayo–. Te crees muy listo, ¿verdad? Con tu Santuario y tus reglas. Crees que todo el mundo debería ser como vosotros... Bueno, ¡pues no soy como vosotros! Las brujas no lo somos, ni los brujos tampoco. ¿Por qué íbamos a querer serlo? Vivís ahogados entre reglas, incluso vuestra magia está restringida. Los hechiceros tratan la magia como si fuera una ciencia. Es repugnante; es antinatural. Va contra todo lo que es la auténtica magia.

–El control es importante.

–¿Por qué? ¿Por qué es importante? La magia debería poder florecer de cualquier forma, adopte la que adopte.

–Ese camino conduce a la locura.

–Tal vez, para los débiles de mente, sí.

–Dime qué está tramando Charivari.

–No lo sé –replicó Dubhóg–. No le conozco. Nunca le he visto. ¿Por qué piensas que sé algo de todo esto?

–Hace poco más de un año te vieron hablando con un brujo que se disponía a matarnos a mí y a mi compañera.

–¿Un año? ¿Y cómo esperas que me acuerde? Tengo ochocientos años, se me mezclan los detalles: quién dijo algo, quién hizo algo, quién intentó matar a quién... Dedico los días a mi nieta y las noches a hacer múltiples visitas al baño. No tengo tiempo para los grandiosos planes de nadie.

–Entonces, Charivari tiene un plan grandioso.

Dubhóg frunció el ceño.

–Yo no he dicho eso.

–La verdad es que sí lo has hecho.

–Ah, ya veo –resopló Dubhóg–. Eres de esa clase de gente, ¿no? Te gusta confundirme con palabras para intentar sonsacarme información. Bueno, pues no va a funcionar. La edad trae la sabiduría, ¿no lo habías oído nunca?

–Sí, pero he descubierto que la sabiduría tiene un tope alrededor de los ciento veinte años. Una vez que alcanzas esa edad, eso es todo lo sabio que puedes llegar a ser.

–Bueno, soy lo bastante inteligente como para no decir ni una palabra más del asunto.

–Así que sabes más del asunto.

–Yo no he dicho eso.

–Una vez más, lo has dado a entender. Los nigromantes contrataron al brujo con el que hablaste para que nos matara. Dijo que les debía un favor especial. ¿Por qué?

Dubhóg se encogió de hombros.

–¿Por qué hace la gente lo que hace?

–¿Qué han hecho los nigromantes por los brujos? ¿Les han dado algo? ¿Sí? ¿El qué? ¿Un objeto? ¿Una persona? ¿Una cosa? ¿O fue información? ¿Lo fue? ¡Bien!

Dubhóg dio un paso atrás, aterrorizada.

–¿Qué estás haciendo? ¿Me estás leyendo la mente? Nadie puede leerme la mente. ¡No se puede leer la mente de una bruja!

–No te estoy leyendo la mente –repuso Skulduggery–. Estoy leyendo la expresión de tu cara. ¿Qué información les dieron los nigromantes? ¿Les entregaron una estrategia? ¿Un lugar? ¿Un nombre?

Dubhóg chilló y se tapó la cara con las manos.

–Así que fue un nombre –asintió Skulduggery.

–¡No lo sabes! –exclamó Dubhóg–. ¡Tenía la cara tapada!

–Entonces, eso era lo que querían los brujos de los nigromantes, pero ¿qué querían de ti? Esto sería mucho más fácil si me contaras lo que quiero saber.

–¡Nunca!

Mientras Dubhóg daba vueltas por la estancia de forma teatral tapándose la cara, Valquiria salió de su escondite y se acercó al círculo. El detective esqueleto la saludó con la mano. Podría haberse chupado el dedo para después borrar la marca de tiza, pero decidió hacer uso de todas sus horas de entrenamiento. Se agachó al lado del círculo, puso la palma en el suelo y empujó con la magia hasta que sintió la palma de su mano tan fría y dura como si estuviera a punto de fundirse con el suelo. Apartó la mano y el suelo se agrietó, rompiendo el círculo de tiza.

Dubhóg se giró al oír el crujido y se quedó mirando a Valquiria mientras Skulduggery salía del círculo.

–¿Cómo has entrado aquí? ¿Le has hecho daño a mi nieta?

–Tu nieta está bien –respondió Valquiria, enderezándose.

–Si le has hecho daño...

–No le hemos hecho daño.

El rostro de Dubhóg se retorció de furia.

–¡Pagarás por ello!

Valquiria torció el gesto.

–Te he dicho que no le hemos hecho...

Pero era demasiado tarde.

Dubhóg se elevó en el aire entre chisporroteos de energía que le pusieron la larga cabellera de punta. Se quedó ahí flotando, con el aspecto de un dibujo animado electrocutado y el rostro lleno de cólera. Gracius saltó hacia ella y un chorro de luz crepitó contra su pecho y lo lanzó despedido hacia atrás a toda velocidad. Donegan lanzó contra la bruja un rayo de energía, pero ella lo detuvo y respondió con otro de su propia cosecha. El viento se arremolinó en torno a Valquiria y lanzó el vendaval hacia Dubhóg mientras las sombras se concentraban en su puño. La bruja la

agarró del cuello con fuerza, Valquiria chascó los dedos, convocó una bola de fuego en la mano y se dispuso a lanzársela a la cara.

–¡Abuela...! –la llamó Misery–. Abuela, para. ¡YAYA!

La batalla se detuvo en seco y Dubhóg miró a su alrededor.

–¿Misery? ¿Te encuentras bien?

–No me han hecho ningún daño, yaya –explicó Misery, que parecía un poco enfadada–. Ahora déjala en el suelo, antes de que me avergüences más aún.

Dubhóg descendió y soltó a Valquiria, que dio un paso atrás, frotándose la garganta.

–Lo siento mucho –dijo Dubhóg. Su pelo volvió a la normalidad y el poder feroz la abandonó tan rápido como había venido.

–No pasa nada –repuso Skulduggery, avanzando hacia ella–. Todos cometemos errores, ¿no? Nadie ha salido herido.

En la esquina, Gracius gimió.

–Diles lo que quieren saber –gruñó Misery–, y luego sube. Voy a poner a calentar la tetera.

Misery se dio media vuelta y se alejó, mientras Dubhóg carraspeaba y sonreía a Skulduggery.

–Siempre dice lo mismo: que le pongo en ridículo –explicó–. No hago nada bien para ella, la verdad. Lo único que intento es protegerla de los peligros de la vida, pero jamás acierto: digo lo que no debo, ataco a las personas equivocadas...

–Adolescentes –asintió Skulduggery con simpatía.

–Me echará de menos cuando me haya marchado... –continuó Dubhóg.

–Respecto al tema del brujo...

–Ah, sí. No tengo ni idea de qué le dijeron los nigromantes. Solo me contó que había estado hablando con uno, un tipo con un nombre ridículo.

–Bisonte Garra de Dragón –aportó Valquiria.

–Garra de Dragón, sí –dijo Dubhóg–. Ese.

–¿Y por qué vino a verte? –preguntó Skulduggery.

–Pensaba que podría convencer a mis hermanas para que nos uniéramos a Charivari. Pero nosotras, las Arpías, empleamos la magia de forma distinta a otras brujas... No nos mantiene jóvenes. Somos ancianas. Y le dije que no.

–¿Unirse a Charivari para hacer qué? ¿Qué están planeando los brujos?

–La guerra –respondió Dubhóg–. Están planeando una guerra.

DE VUELTA EN ROARHAVEN



GRAVE y circunspecto, Abominable Bespoke miraba por la ventanilla del coche camino de Roarhaven. Se sentía totalmente abrumado. Y no es que temiera una batalla, un enfrentamiento, una discusión... No. Lo que Bespoke temía eran las reuniones; las interminables y monótonas reuniones.

Los últimos días había estado en su vieja sastrería de Dublín, trabajando en diversas prendas. Arreglando, modificando, creando a partir de cero. Allí se había sentido satisfecho. Feliz. A solas con sus pensamientos, con la aguja y el hilo, entre las telas, su mente había encontrado la paz y había sido maravilloso.

Pero se habían acabado las vacaciones y allí estaba, de regreso al sórdido y sombrío pueblucho de Roarhaven, y toda la ansiedad que había dejado atrás estaba abriéndose camino rápidamente en su pecho. Pasó por la calle principal y captó unas cuantas miradas gélidas de los habitantes. Había un triste arbolito plantado en un recuadro de tierra en la acera. En todo el tiempo que había pasado allí, jamás le había visto echar hojas. Era agosto y estaba igual de raquítico que en invierno. No estaba muerto, sin embargo. Era como si el pueblo entero lo mantuviera vivo solamente para prolongar su agonía.

Se acercaron al lago de aguas estancadas y oscuras y al edificio aplastado que había al lado, todo gris, de cemento, nada inspira-

dor. Tipstaff, el administrador, le estaba esperando. Dio las gracias al conductor y salió del coche.

–Mayor Bespoke, bienvenido. La reunión va a empezar.

Abominable le fulminó con la mirada.

–No estaba programada hasta las dos. ¿Han llegado antes?

–Según sus propias palabras, están «deseosos de negociar».

Abominable dejó atrás el calor del sol y penetró en el gélido Santuario, con Tipstaff tras él.

–¿Quiénes han venido?

–La Mayor Illori Reticent, del Santuario inglés, y dos socios, un elemental y un lanzador de energía.

–¿Nadie más?

–Les hemos estado siguiendo la pista desde que volaron esta mañana, y también mantenemos vigilados a todos los hechiceros extranjeros del país. Parece que estos tres son los únicos de los alrededores. ¿Mayor Bespoke?

Tipstaff mantuvo la puerta abierta y Abominable gruñó, pero pasó al interior. Allí le estaba esperando su túnica. Se la puso y se miró en el espejo. Su camisa, su chaleco, su corbata, sus pantalones, toda la ropa que había confeccionado él, cubierta por aquella túnica. Su físico, esculpido por horas incontables de dar puñetazos a sacos de boxeo y personas, se volvía irrelevante bajo esa cortina informe que llevaba encima. Lo único que no tapaba era justo lo que le hubiera gustado ocultar: las cicatrices perfectamente simétricas que cubrían toda su cabeza.

Tipstaff le quitó una mota de pelusa del hombro y asintió con aprobación.

–Por aquí, señor.

Abominable podría haber encontrado la sala de conferencias con los ojos vendados, pero permitió que Tipstaff se adelantara. Por un lado estaba la forma de hacer las cosas de Abominable y por otro la forma correcta de hacer las cosas, y si había algo que agradara a Tipstaff, eso era el procedimiento.